



Juan Villalba Sebastián

Nací en Sarrión en 1961 y me he dedicado a la docencia y a la investigación de temas aragoneses, en especial al estudio de escritores o cineastas turolenses, como por ejemplo, Braulio Foz, Adelino Gómez Latorre, Teodoro Gascón, Yuste Moreno, Miguel Buñuel o Clemente Pamplona, entre otros. Con la presente narración he pretendido describir ese ambiente sórdido y desolado de una realidad rural próxima a nosotros, en la que el peso de hechos ocurridos en el pasado sigue enturbiando el presente y lastrando la posibilidad de un futuro mejor. La locura del alguacil es un estigma heredado que la sangre de Caín alimenta día a día sin concederle ninguna posibilidad de redención, su única satisfacción es rumiar una venganza colectiva que nunca sabremos si se llegará a realizar o habitará siempre en su mente enloquecida.

Como un golpe de viento

Juan Villalba Sebastián

...el viento trae y lleva las cosas en la Llanura.

Luis Mateo Díez

Cuando salieron, el viento inclemente y tenaz del páramo corría por las calles y gritaba como un loco, una ráfaga se coló dentro y aprovechó para mordernos sin piedad en las corvas. “Cualquier día de estos voy a echar matarratas como para un elefante. A ver si revientan todos esos cabrones. Como el agua yo ni la cato...”

Los ojos del Guanero le amarillean de calentura y le iluminan el rostro demacrado. Yo no le hago caso y sigo barriendo, pongo las sillas sobre las mesas y lo dejo hablando a solas con su sombra y su locura de siempre. Apura el chato de un trago y se acerca al ventanal. Las luces rojas de los coches culebrean por las sombrías estepas hasta desaparecer en un fondo de plomo y de ceniza. Son los mozos del pueblo camino de Las Minas, es noche de sábado y se van de putas.

“Lo hacen por joderme. Seguro que se la tirarán todos y sólo por amolarme. ¡Cáguendena los hijos de Caín!”.

Y es que cuando la graduada social que lleva estos pueblos de las parameras organizó el viaje a Santo Domingo, el Guanero fue de los pocos solteros que mojaron y volvió casado con una hembra imponente, con unas mamellas enormes y juguetonas como lechales que no podían estarse quietas ni recogidas un minuto dentro de su blusa morada y casi transparente. No tardó el Guanero en descubrir que esas mujeres necesitan un calor intenso para poder soportar las frías madrugadas de estas tierras, cuando el rescoldo de los hielos se aviva y el aliento de la lumbre fría del cierzo se deja sentir en las cabeceras de las camas. Desde el primer día, solteros y casados la buscaban por todos los rincones del pueblo para el amor, como varracos insaciables: manos desconocidas ascen-

dían por sus nalgas de azúcar quemado a la menor ocasión; dedos ajenos pellizcaban las natillas de sus carnes sin ningún pudor...

Cada día que pasaba el Guanero se hundía más y más en el pozo de la desesperación y el escándalo llegó a oídos del parróco de la zona. Para evitar males mayores se decidió que la moza fuese a servir a una casa bien de Las Minas mientras se pensaba una solución definitiva. Aquello duró poco, la mulata no estaba acostumbrada al estropajo y a la fregona y para terminar acostándose con el señor de la casa decidió hacerlo cobrando y se instaló en el puticlub de la carretera.

Los mozos comentan que es una de las mejores o por lo menos eso le dicen al Guanero todos los fines de semana. Y disfrutan y se ríen cuando al Guanero le tiembla la mano y se le derrama el vino y le sale una espumilla pastosa por la comisura de los labios y los llama borrachos de sombra negra o hijos de Caín. “Cualquier día de estos voy a echar matarratas como para un elefante”. A ver si reventáis, ¡cabrones!” Y se marcha bufando como los gatos, buscando las oscuras soledades de las esquinas del pueblo. Al otro día ya ni se acuerda, como tampoco se acuerda de cuando lo ataron a la señal del cruce con la general, allí en el yermo frío, que casi se congela, o cuando apostó con ellos que se comía un gazapillo recién nacido y se lo trajeron y se lo tragó, como quien dice, con telilla y todo, y se bebió una botella entera de vino, para pasarlo, y casi ni la cuenta, que aún ayer tenía retorrijones y el estómago movido, que parecía como si el bicho estuviera vivo.

Sí, la memoria del Guanero es blanda como la higa madura y se le quiebra como se le quebró el cráneo el día de su nacimiento. Un día y otro le tienen que recordar la obligación: “Que ha dicho el alcalde que arrees a lo del cloro”. Algún parroquiano le pide tiento, que el agua sabe cada día más. Y el Guanero se encoge de hombros y siempre responde lo mismo: “Cualquier día de estos voy a echar matarratas como para un elefante. A ver si revientan todos esos cabrones. Como el agua yo ni la cato”. Apura el chato y sale con desgana en dirección al Cabezo, donde el depósito.

“Guanero, que subas a ver al alcalde que tienes bando”. Y el Guanero apura el chato y sube denso y pesado como un cielo de nieve. Y baja como un soldado derrotado tras la batalla, con su trompeta abollada en una mano y en la otra el papel arrugado del bando. “Nada, lo de siempre, reunión esta tarde de los de la junta de la cooperativa y pescao en la plaza”. Me pide un vino y alguien le recuerda que antes es la obligación que la devoción, que luego al llegar al Barrio Bajo ya no hay cristiano que le entienda nada. Entonces al Guanero le tiembla la mano y se le derrama el vino y su

salpicadura enciende el rencor en su mirada y sale arrastrando su pata chula sin decir palabra. Cuando regresa abandona la trompetilla sobre el mostrador, se enciende un celtas y con el dedo índice y el pulgar marca el tamaño de un vaso de vino. “La que está cayendo”, repite siempre haga el tiempo que haga, frío o calor, y es que el páramo maldito no tiene compasión, o se hiela la nada o abrasa el aire.

“Guanero, coge la llave del cementerio y te levantas la de los Leonarte, la de la cruz herrumbrosa. Lo que te salga al osario, que si no luego da grima ver todo esparcido por el suelo. Después bandeas un rato y mañana, como siempre, media hora antes de la misa, otra vez. ¡Ah!, y avisas a los de la Cruz, que era cofrade”. Siempre que tiene que preparar una fosa, los ojos del Guanero se cubren con una cortina de luto y, como una mañana de niebla, rezuman humedad, se le inundan con las aguas turbias de su vida, teñidas de sangre y desgracias, y se le viene a las mentes la muerte de su padre, que lo cazaron como a una alimaña entre zarzas y jarales, en el monte, cuando lo del maquis, y todo por una falsa denuncia. “Cagüendena los hijos de Caín”. Y la de su madre, que nadie la quiso ayudar con aquellas cinco bocas: a espigar, a por moñigos, a limpiar tripas de cerdo, a lo que saliera, todo era poco para aquellas cinco limas, hasta que una mañana fría de invierno la encontraron muerta sobre la tierra estéril, ahogada por la pena y el anís, reventada como un macho viejo rendido por los palos y el trabajo. “Cagüendena el hambre que pasamos”. La gente sonrío con malicia y se complacen en su dolor. Alguno cansado de su llorera, le recuerda la obligación: “¡Venga al trabajo, Guanero, que a ti eso de picar no te va nada!”

Pero el Guanero no tiene prisa. Apura el vino y se enciende un cigarro. Suelta humo por la nariz y por la boca, un humo que parece no querer dejar de salir, un humo infinito, como si al Guanero se le hubiesen prendido las entrañas. Acodado en la barra, delgado, sucio, desgredado y mal rapado, con su mirada turbia de tinto sucio y el vaso vacío en la mano, observa cómo se consume la lumbrera de la colilla a sus pies y piensa en la muerte como podría pensar en una mujer.

Antes de marchar al tajo, alguien aprovecha para recordarle que limpie de abrojos y cambrones el ángulo donde están enterrados los italianos, pero el Guanero lo escucha como el que oye llover, y en estos páramos malditos llover, lo que se dice llover, apenas llueve, sólo algún turbión de castigo para amolar las cosechas. “Que se jodan esos cabrones de italianos”. Y sale dando un portazo. Todos los fines de semana, cuando las luces rojas de los coches se extinguen en el negro infinito

del horizonte y el viento hociquea debajo de la puerta del bar, descorcho una botella de vino bueno y bebo con el Guanero hasta apurarla. Luego cierro y nos vamos a casa. Hoy no ha querido tomarse la espuela conmigo, como si un golpe de viento le hubiera traído de repente su memoria perdida, se ha quedado plantado enfrente de mí con una mirada resquebrajada como un parabrisas roto de una pedrada y me ha dicho con la firmeza de una decisión largo tiempo meditada que mañana tiene que madrugar, que tendrá faena a “estajo”.